

P. José Carlos Zancajo, L. C.

Capellán de la Unimet

HOMILIA GRADUACIÓN
OCTUBRE 2008.

“Al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”

Queridos hermanos:

Hoy esta plaza del rectorado se convierte en una catedral al aire libre, sobre todo, por la gran concurrencia reunida aquí para dar gloria a Dios, agradeciéndole públicamente sus beneficios y bendiciones en esta Celebración Sagrada. Espero que todos sintamos con intensidad la Presencia de Dios que nos pacifica y reconforta el alma.

El texto del Evangelio que hoy se lee en todas las misas del mundo católico contiene una de las frases más famosas y densas del mensaje de Jesucristo: “Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”.

Es un mandato divino que nos pone con fuerza delante de los ojos los deberes fundamentales y esenciales de nuestra condición humana y cristiana: Tenemos deberes políticos y tenemos deberes religiosos; deberes para con nuestra sociedad y deberes para con Dios. ¡Deberes, obligaciones morales, en conciencia!.

Son tan esenciales estos deberes que su olvido e incumplimiento acarrea muchos y graves daños para los hombres. Venezuela en nuestros días es un ejemplo de ello y necesitamos reflexionar muy seria y responsablemente sobre este fallo. No quiero generalizar, porque es injusto. Pero es evidente que se dan entre nosotros, los ciudadanos preparados y con estudios, tendencias a ignorar los deberes políticos y religiosos, casi por igual. Hemos sido despreocupados y olvida-

dizos de nuestros deberes de convivencia civilizada (desde las normas elementales de la circulación vehicular, hasta las graves obligaciones políticas de participación y honesto ejercicio de los cargos públicos).

“Dad al César lo que es del César” dijo Jesús entonces; y hoy podría añadir: “Porque si ustedes, no se lo dan, el César y sus esbirros se lo arrebatarán. Si ustedes no cumplen sus deberes sociales y políticos por convicción, por las buenas, alguien se los impondrá de mala manera y, muy probablemente, con las peores intenciones”.

La libertad no es un estado natural de los hombres, sino una conquista diaria, un compromiso exigente. “Todo lo que hace falta para que triunfe el mal es que los hombres de bien no hagan nada” (Edmund Burke).

Siendo la libertad un bien tan precioso, ¿por qué los hombres no la protegen como es debido?. Porque la libertad es esencialmente y en primer lugar un bien moral, espiritual; un don de Dios, una participación en el mismo Dios: “Dios es espíritu. Donde está el Espíritu está la libertad”.(2Cor.3,17)

Pero no valoramos y cuidamos los bienes espirituales como se merecen. Quizá porque son espirituales. En este punto somos frívolos, superficiales. Y luego pasa lo que pasa. ¿Por qué se pierden las libertades políticas?, porque primero se perdió la libertad moral que es vida virtuosa, vida liberada de los vicios y pecados que esclavizan el espíritu del hombre.

La libertad moral, la libertad interior consiste en guiar la propia vida por la justicia, la fortaleza, la prudencia, el autodominio, la fe en Dios. Los hombres libres de verdad son los virtuosos; en las pasiones y vicios subyace la esclavitud, la claudicación, el oportunismo, la traición. Si no damos a Dios lo que es de Dios, no daremos al César lo que es del César.

Juan Pablo II escribió hace unos años:

“Dios creador es la fuente única y definitiva del orden moral en el mundo creado por él. El hombre no puede decidir por sí mismo lo que es bueno y malo... En el mundo creado por Dios, Dios es la fuente primera y suprema para decidir sobre el bien y el mal, mediante la íntima verdad del ser. (...) Pero el hombre, bajo la influencia del «padre de la mentira», se ha separado de esta participación.

Bajo la instigación del Demonio, el hombre tiende a ver en Dios ante todo una limitación de sí mismo y no la fuente de su liberación y la plenitud del bien. Esto lo vemos confirmado en nuestros días, en los que las ideologías ateas [de izquierda y de dere-

cha] intentan desarraigar la religión en base al presupuesto de que causa la radical “alienación” del hombre, como si el hombre fuera expropiado de su humanidad al aceptar a Dios. El rechazo de Dios ha llegado hasta la declaración de su “muerte”. Esto es un absurdo conceptual y verbal. Pero lo peor es que la “muerte de Dios” en sus efectos demuestra fácilmente que es, a nivel teórico y práctico, la ideología de la “muerte del hombre”.

Un día (o sería una noche, porque en el infierno no hay día) un diablo joven le dijo, muy angustiado y alarmado, a un diablo viejo: “Los hombres la buscan tan intensamente, que están a punto de encontrar la felicidad. Eso sería terrible”.

-No te preocupes, le respondió el diablo viejo con un rugido de infernal y feroz satisfacción. ¡Nunca la encontrarán!, porque estos malditos nunca buscan donde está escondida: en su propio corazón. Y cada día tienen más cosas en que distraerse”.

Hace 50 años E. F. Schumacher, famoso economista, escribió un libro considerado entonces “revolucionario”, titulado “LO PEQUEÑO ES HERMOSO: Una economía a la medida del hombre”, donde decía, entre otras muchas cosas sorprendentes:

“El crecimiento económico ilimitado y acelerado es inviable porque no lo soportará el planeta. Además la supuesta prosperidad universal sólo puede obtenerse gracias al cultivo de la codicia y la envidia, que destruyen la inteligencia, la felicidad, la serenidad y, finalmente, la tranquilidad del hombre” (p.29).

¿Quién le hizo caso? Nosotros vemos con esperanza que las nuevas generaciones universitarias están dispuestas a asumir y cumplir sus deberes políticos; pero no lo harán completa y consistentemente si no cumplen también sus deberes religiosos: “Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”. Oremos intensamente, una vez más, para que Dios y la Virgen nos protejan de los peligros que nos acechan en esta hora de Venezuela. La oración anexa contiene un programa de nuestros deberes políticos y religiosos. ¡Para que la tengamos muy presente en los próximos días!. Así sea.